

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Socialismo Destructor

Siguiendo paso a paso las avenciones del partido socialista sabemos que lo único que pretende es apoderarse de las riendas del gobierno, aunque sea como en Inglaterra, Francia y Alemania, cuando en ellas ha logrado encaramarse a dicha altura, para gobernar, burguesamente, a las mismas muchedumbres a las que ahora azuzó en contra de la burguesía.

Pero a pesar del espíritu constructivo que el señor Besteiro quiere asignar a su partido, el socialismo es esencialmente destructor, hasta en las ventajas y mejoras que ofrece a los obreros, que son siempre basadas en la lucha de clases, como si fuera imposible que ricos y pobres vivieran en paz, y fuera indispensable que los unos y los otros se odiaran y combatieran siempre.

El Papa León XIII que tanto amó a los obreros y que tan claramente puntualizó sus derechos y sus deberes, conocía muy bien al socialismo y lo anatematizó severamente en todas sus encíclicas.

A él y a sus partidarios se refirió, indudablemente en la encíclica «Graves de communi» cuando decía: «Provocado la separación entre ricos y pobres, merced a trabajos de hombres turbulentos, a tal extremo llegaron las cosas, que agitados los pueblos con frecuentes sublevaciones, parece que serán entristecidos con calamidades espantosas».

Nada encuentra el Papa que sea aprovechable en las doctrinas socialistas y hasta las ventajas materiales que los mismos ofrecen a los proletarios, le parecen al sabio Pontífice rechazables, de forma que no merecen el encarecimiento de nadie, ni le parecen al sabio Pontífice convenientes.

«En opinión—dice en la propia citada encíclica—de ninguno, la llamada cuestión social es solamente económica, siendo, por el

contrario, ciertísimo, que es principalmente moral y religiosa, y por esto ha de resolverse en conformidad con las leyes de la moral y de la religión. Aumentar el salario al obrero, disminuir las horas de trabajo, reducir el precio de los alimentos, pero si con esto dejáis que oiga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos, que inducen a perder el respeto debido a Dios y a la corrupción de costumbres, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana enseña que muchos obreros de vida depravada y de provista de religión viven en deplorable miseria, aunque con menos trabajo obtengan mayor salario. Alejad del alma los sentimientos que infundió la educación cristiana, quitad la previsión, modestia, parsimonia, paciencia y las demás virtudes morales, e inutilmente se obtendrá la propiedad, aunque con grandes esfuerzos se pretenda. Esta es la razón porque Nos jamás hemos exhortado a los católicos a fundar sociedades y otras instituciones para el fin de proveer de la pobreza, sino recomendarles a la vez que lo hicieran bajo la tutela y auspicios de la religión».

Por ello, pudo prorrumpir en otro lugar el Padre de los obreros, en estas consoladoras frases:

«Por favor divino no resultó defraudada nuestra confianza, puesto que los mismos disidentes del catolicismo, arrastrados por la fuerza de la verdad, han reconocido que a la Iglesia corresponde velar por las clases sociales, especialmente por las que se hallan en miserable estado de fortuna».

Nada tienen los obreros que aprender del socialismo. Bien que el socialismo les ofrece es solo aparente y pasajero.

Si las virtudes cristianas, si los salarios ni el descanso le servirán de nada. Antes le serán mas bien perjudiciales.

Fernando

Cristales
Molduras
Estampas

JUAN SOLER

AIRE 32

CRISTALES DE TODAS CLASES, GRUESOS Y TAMAÑOS

El mas barato

Pedir precio

Estudios Sociales

LOS CRIMENES DE LOS RICOS

Los crímenes son, evidente y manifiesto, obra de la incultura. Sólo la cultura, la verdadera cultura, da el dominio de las pasiones y serenidad para examinar los acontecimientos.

Con mucho acierto, decía Dumas, que saberlo todo. Es perdonarlo todo. El que menos sabe es el que menos perdona. La ignorancia y la incultura son un terreno abonadísimo para el desarrollo de la ira.

Y después de despertada y desarrollada la ira, es la propia incultura la que carece de medios para refrenarla.

Las personas de fina educación y de extremada cultura no consenten que la ira se despierte en su pecho, mas si se llega a despertar saben sofocarla.

Pero la cultura, como todo lo del mundo, suele costar dinero adquirirla; por eso las personas de desahogada posición tienen mayores facilidades para poseer cultura que las personas de posición estrecha.

De ahí que los crímenes de los ricos sean mucho más punibles que los crímenes de los pobres, porque el criminal dispuso de mayores medios para alejarse del delito.

Que un hombre que no estuvo en condiciones de adquirir cultura cometa un crimen, tiene cierta explicación, y su delito va siempre acompañado de una sustitiva atenuante, que es en él anterior, no sólo a todo acto, sino a toda intención delictiva.

Por el contrario, si un hombre rico que tuvo buena educación y buenos maestros, comete un crimen, su delito antes de nacer tiene un agravante, no sólo en su efectividad, sino en su simple intención.

La ley, para ser justa, debiera castigar el crimen del rico más rigurosamente que el crimen del pobre.

«Pero la justicia humana es tan frágil, que al revés de eso, que una justicia recta demanda, incurre muchas veces en la infracción de aquel consejo que D. Quijote dio a Sancho Pánza cuando le desdijo para gobernar la insula Barataria: «Si acaso doblaras—le dijo—la vara de la justicia, no sea bajo el peso de la dábida, sino bajo el peso de la misericordia.»

La justicia de los hombres es todavía mucho más débil de lo que D. Quijote sospechaba. No es sólo el peso de la dábida, e que dobla la vara, sino el peso mucho mas liviano de un apellido nuestro o de un poder aparente.

En las altas esferas de la sociedad, como el patio de Montepío, se cobra se falsea y se mata; pero la justicia y sociedad humana no llaman robo, falsificación ni asesinato a aquellos delitos que se cometen en su región más elevada. Allí se revisan de nombres menos escandalosos. El robo es irregularidad todo lo mas, desfachato; la falsificación, habilidad, el asesinato locura y enfermedad.

En la misma proporción en, quese suavizan los nombres, se suavizan también prácticamente las penas, y de ello resulta que los delitos que debían castigarse con penas mucho más graves, se castigan, cuando llegan a castigarse, con penas muchísimo más ligeras.

Pero la justicia de la tierra es la última ni la definitiva justicia.

Hay una justicia última y más exacta, que compara a los delincuentes de posición muy elevada con el camello que tiene que pasar por el ojo de una aguja.

Y esa es la verdadera justicia.